

RELIGIOSOS, ¿QUIÉNES SOMOS?⁵

A la pregunta: “Religiosos, ¿quiénes somos?” propongo una respuesta sacada de la tradición de la Iglesia, una respuesta algo sorprendente pero que parece corresponder bastante bien a muchas de las aspiraciones de nuestro tiempo. En el curso de esta exposición, recurriré al material que me ha permitido hacer la publicación de un artículo en la revista “*Vie consacrée*” (marzo - abril 1969). Algunos de entre ustedes quizás ya habrán tenido oportunidad de leerlo, y les pido disculpas.

Ningún sector particular de la vida puede caracterizar la vida religiosa en relación con la vida de todos los hombres y de todos los cristianos. Vivimos las mismas cosas que las demás personas, pero dejándonos alcanzar muy directamente por el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Ciertamente es que el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo concierne a todos los cristianos y aún a todos los hombres. Pero en la vida religiosa, ese misterio llega muy directamente al corazón del ser humano que somos, y nos transforma. Vivimos las mismas cosas que todos los hombres, pero las vivimos según la muerte y la resurrección de Cristo, y esto constituye una gran diferencia. La vida religiosa no consiste de ninguna manera en prácticas particulares y marginales con relación a la existencia de todos los hombres. La vida religiosa *es* la existencia de todos los hombres, pero vivida según la muerte y resurrección de Cristo.

Lo que fundamentalmente cuenta para un ser humano es el amor, el trabajo, la libertad. La existencia humana está hecha de estos valores esenciales: el amor, que se vive en el matrimonio y en la familia, ya que el amor es fecundo; el trabajo (la profesión que uno ejerce), por el cual el hombre entra en contacto con la naturaleza, la transforma, la utiliza, extrae de ella todos los bienes de los cuales precisa, en resumen, el trabajo por el cual el hombre se enriquece y posee el mundo; la libertad finalmente, que es una aspiración fundamental, un deseo visceral de ser responsable y autónomo en su vida frente a los demás hombres.

La vida religiosa es una determinada manera de vivir el amor, el trabajo y la libertad. El voto de castidad es el amor vivido según la muerte y la resurrección de Cristo. El voto de pobreza es la relación con el mundo, la relación con la naturaleza, vivida en forma desapegada. Ya puntualizaremos esto. El voto de obediencia es una manera de vivir la libertad, es la manera de vivir, en definitiva, la libertad. El voto de obediencia es el corazón del misterio de Jesucristo, y nadie hay más libre que el Hijo de Dios.

Si esto es la vida religiosa, se planteará una cuestión, extremadamente brutal y actual: ¿cómo vivir nuestra existencia humana dejándonos visitar por la muerte de Jesucristo, es decir renunciando a una cierta manera de amar, de poseer el mundo, y de ser libre? ¿Es posible vivir una tal renuncia, contrariar tan esencialmente nuestra naturaleza humana sin que de ello se sigan graves perjuicios para nosotros? ¿Es verdaderamente humano, por ejemplo, comprometerse en la vía de la castidad cuando la Pulsión amorosa que se vive en la sexualidad es constitutiva de la vida humana? ¿No es inhumano renunciar de cierta manera a su autonomía ya que la aspiración a la libertad es visceral, viene del fondo de nuestro ser y constituye nuestra naturaleza? El problema de la pobreza se plantea quizás menos agudamente. Sin embargo parece evidente que el poseer útiles o bienes, que son la prolongación de nuestro cuerpo, sea necesario para ser simplemente hombre. Quien nada tiene, quien nada posee, el vagabundo que vemos por la calle,

⁵ De “Forma Gregis”, año 21, N° 4, 4° trimestre 1969. Tradujo: Sor Clotilde Barbé, osb. Abadía Sta. Escolástica – Pcia. de Bs. As. Argentina.

por ejemplo, ¿acaso tiene realmente una existencia humana? A menos que se tenga, además, la posibilidad de ser Francisco de Asís. Es lo que tendremos que examinar.

Por lo tanto:

1- Tomaremos conciencia de qué es la existencia humana, la de nuestros hermanos y hermanas comprometidos en el matrimonio, en las responsabilidades profesionales o en la vida pública. Dejaremos que nos llegue toda la densidad de esa existencia humana puesto que no estamos hechos de pasta distinta que los demás hombres y las demás mujeres.

2- Recordaremos el triple llamado evangélico a la castidad, a la pobreza y al humilde servicio de nuestros hermanos humanos en la obediencia al Padre. No haré sino evocar de paso este llamado. No entraremos en detalles. Pero, en cambio, trataremos de dejarnos interpelar profundamente por los interrogantes de los hombres de hoy y por las objeciones que ellos formulan respecto a los riesgos de la vida religiosa, los peligros reales de los votos, las desviaciones posibles o las pérdidas que pueden producirse y que no están en el orden de las cosas.

3- Finalmente nos preguntaremos cómo se puede llegar a vivir concretamente los votos de manera de morir realmente y resucitar con Cristo, es decir, de manera de alcanzar desde este mundo lo que los hombres llaman la realización de la personalidad y que nosotros denominamos la resurrección.

Si tratamos todos estos problemas, entonces quizás sabremos un poco mejor lo que somos, y cómo podemos llegar a ser más lo que estamos llamados a ser.

I. La existencia humana

Los hombres realizan la existencia humana desplegando su actividad en tres grandes sectores, en tres esferas: la esfera familiar (amor, matrimonio); la de la sociedad económica (profesión, trabajo); y finalmente la esfera política. No tomo aquí “política” en el sentido estrecho del término, equivalente a “las combinaciones que se hacen en los corredores del Parlamento”. Tomo la palabra “política” en el sentido de las relaciones de los seres humanos entre sí a nivel de su libertad e independientemente de su sexo. La relación hombre-mujer funda la vida conyugal y familiar. La relación del ser humano con la naturaleza por el trabajo es la base de la sociedad económica. La relación del ser humano con otro ser humano a nivel de la libertad funda la vida política.

Estas tres esferas son la realización objetiva, bajo forma de sociedad, de las tres pulsiones que nos vienen del ser, que lo constituyen. Son estructuras constituyentes, dinamismos, para emplear un término que indique mejor el movimiento. Estas tres pulsiones son fundamentalmente buenas. Constituyen nuestra naturaleza tal como salió de manos del Creador. A estas tres pulsiones se han adherido tres pasiones y, desgraciadamente, también tres pecados, los tres pecados fundamentales que todo ser humano conoce bien: el dinero, la carne y el ansia de dominio u orgullo. Cuando las tres pulsiones fundamentales se ven desviadas por el pecado del hombre, la atracción normal del hombre hacia la mujer y de la mujer hacia el hombre se transforma en deseo carnal. La razonable posesión del mundo se convierte en sed de dinero, incentivo de riquezas, egoísmo. El razonable afirmarse en sí mismo en la responsabilidad y en la libertad degenera en voluntad de poder y en orgullo del espíritu.

El Evangelio, el triple llamado del Evangelio, toca al hombre no solamente en estos tres pecados fundamentales sino en aquellas pulsiones buenas que constituyen su naturaleza. El triple llamado del Evangelio realmente vuelve a poner en duda para el hombre qué es lo vital para él.

Puesto que todo ser humano tiene la vocación a llegar a ser un hijo del Reino, un discípulo de Jesucristo, deberá, un día u otro, verse confrontado por este triple llamado evangélico. Cuando se oye este llamado, ha sonado entonces la hora de la conversión y, convertirse según el triple llamado evangélico, es renunciar a valores (el amor humano, la posesión del mundo, la libertad), es renunciar a cosas buenas para reencontrarlas convertidas, transformadas, por el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo.

Diremos cómo el religioso, la religiosas vive en sus votos estos valores humanos. El voto de castidad no es la renuncia al amor. El voto de pobreza no es la renuncia a la posesión del mundo. ¿Quién ha poseído más el mundo que san Pablo al decir: “todo es vuestro; ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas; ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo presente, ya lo venidero. Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Co 3,21-23) ¿Quién mejor que san Juan de la Cruz cantando: “Míos son los cielos y mía es la tierra!”, o san Francisco de Asís? Pero hay modos y modos de apropiarse del mundo. ¿Quién es en definitiva más libre que aquél que ha entrado en el corazón del misterio de la obediencia de Jesucristo?

El amor, la riqueza y la libertad son por lo tanto valores que apreciamos mucho. Puntalicemos esto un poco.

El ser humano es fundamentalmente deseo, y deseo universal. Lo que está a su medida es todo cuanto existe. Desea todo, todo lo que contiene el cielo, todo lo que contiene la tierra, y todo lo que el cielo y la tierra no pueden contener. Deseo ilimitado... Esta noción de deseo es una noción fundamental de la antropología moderna, manejada por los filósofos, los psicoanalistas y muchos otros. A diferencia del animal que tiene necesidades específicas (tal animal siente la necesidad de comer determinado tipo de hierba), el niño manifiesta su vocación humana por el hecho que pone la mano sobre todas las cosas para llevárselas a la boca, sin que haya un instinto regulador que lo haga elegir lo que es bueno para él y dejar lo que le es nocivo. El ser humano es deseo, desea poseer y dominar.

Pero este deseo es ambiguo. Se busca poseer y dominar objetos, cosas. Pero no se puede poseer y dominar como si fuera una cosa a quien tiene el mismo deseo de uno, a menos que renuncie a ser una criatura humana. La situación sería sin salida, y el encuentro de seres portadores de un deseo así no sería más que enfrentamientos, luchas (y luchas a muerte), si ese deseo no tendiera también en lo más secreto del corazón humano, a encontrar al otro como persona, como sujeto que lo podrá reconocer.

Esta palabra “reconocer” se emplea mucho en la actualidad, pero a menudo en diversos sentidos. Aquí, reconocer significa tratar a alguien como lo que es, apreciando en él su valor y aún contribuyendo a que exista como valor. Reconocer a su semejante es no sólo reconocer que hay en él valores sino ayudarlo a valorizarse. Es así como nuestras aptitudes se actualizan en forma muy real por medio del reconocimiento mutuo y llegamos a ser verdaderamente nosotros mismos, nos creamos unos a otros.

El deseo de encontrar al otro como un sujeto está en el fondo del corazón del hombre o de la mujer que busca su pareja. Pesa sobre este deseo, cuando es auténtico, la amenaza de un deseo de poseer, de dominar. ¡Y esta amenaza no es por cierto imaginaria! Aun los deseos más puros y los amores más desinteresados siempre tienen que cuidarse y purificarse de formas posesivas y dominadoras que amenazan arruinar el amor. El hombre y la mujer se encuentran y, en la medida en que este encuentro llega al reconocimiento mutuo, se unen. Sería interesante analizar este encuentro, pero nos falta tiempo. Este encuentro no logra de inmediato un reconocimiento y una unión. Está precedido por una especie de lucha amorosa, en la cual cada uno se hace valer por lo que es. Esta lucha es necesaria ya que sin ella la relación sería la de alguien que posee un objeto. El hombre puede quizás tomar iniciativas, pero la mujer se afirma frente a él...

Sea como fuere, el reconocimiento mutuo produce finalmente la unión, unión fecunda de la cual nace el hijo. Y en el rostro del niño el hombre y la mujer, convertidos en padre y madre, reconocen la unión de su amor, su único, rostro. El rostro del niño está hecho de sus dos rostros. Basta ver a una joven madre inclinada sobre la cuna de su bebé o haber oído a un padre joven anunciarnos el nacimiento de su hijo para darse cuenta que la maternidad y la paternidad humanas hacen que se llegue a ser verdaderamente hombre y mujer. La maternidad y la paternidad no son atributos exteriores que se agregan de fuera; son verdaderamente una recreación del ser humano. El hombre y la mujer, convirtiéndose en padre y madre, se re-crean el uno por el otro y por su hijo. No podemos dejar de pensar en nuestros hermanos y hermanas casados sin decirnos que deseáramos realmente ser hombres y mujeres por lo menos tanto como lo son ellos. La sociedad conyugal, familiar, la sociedad del amor humano es extremadamente humanizadora. Basta observar a novios para darse cuenta que progresan, uno y otro, en "humanidad".

Sin embargo, la sociedad conyugal y familiar no basta porque permanece siendo particular, y el ser humano tiene necesidad de lo universal para lograrse. Tiene necesidad de establecer vínculos con toda la humanidad y con la naturaleza entera. Por ello es que el hijo deja a sus padres. Aun antes de experimentar la estrechez del marco familiar (todos los jóvenes terminan por sentirlo un día u otro), siente la necesidad de ganarse la vida. Sale de la familia y entra en la sociedad del trabajo, en la sociedad económica.

No analizaré en detalle la relación entre sociedad familiar y sociedad económica. La sitúo simplemente a grandes rasgos. Un análisis de este tipo figura en el artículo ya citado. La sociedad económica está en relación con la naturaleza. Tiende a adueñarse de la naturaleza, en ambos sentidos de la palabra: adaptarla a sí, conformarla de acuerdo a lo que uno es, y tomar posesión, hacerla suya. Adueñarse de la naturaleza es lo que hace que el ser humano, haya llegado al estadio de la recolección a mano o a la de los cohetes interplanetarios. Para él es siempre cuestión de apropiarse de la naturaleza, de humanizarla para que responda mejor a sus necesidades y para que, así humanizada, se convierta en la prolongación de su cuerpo. Nuestro cuerpo es inicialmente nuestro cuerpo individual, naturalmente. Pero es también el universo entero, de grado en grado de acercamiento, Es el mundo de los objetos familiares que utilizamos todos los días, desde nuestra casa hasta la radio, pasando por praderas y montañas... Nuestro cuerpo es el universo. No hago poesía sino que digo simplemente lo que es. El trabajo humano y la técnica humana transforman la naturaleza para que ésta se convierta cada vez más en el cuerpo del hombre. El tren que tomo para llegar a tal lugar es la prolongación de mi cuerpo personal, particular. El hombre en el trabajo se adueña de la naturaleza. Esto es fundamentalmente humano. Es esencial al ser humano.

El trabajo nace de la necesidad del hombre. El hombre es todo, pero sobre la base de no ser nada al principio, o casi nada. Debe apropiarse del mundo para satisfacer sus necesidades. Necesidad, trabajo, producción, y luego un volver al hombre. Un volver al hombre de lo que él puso en su trabajo. Se ha puesto él mismo en los objetos que fabrica y los objetos que él fabrica deben volver a él: es el consumo. Así se completa el circuito que del ser humano va al trabajo y que culmina en el ser humano.

Este circuito producción-consumo se hace cada vez más complejo a medida que entra en él el intercambio. En efecto, el hombre no es un individuo aislado que despliega su pequeño circuito personal producción-consumo. Trabaja con otros hombres, se asocia a su trabajo. Así el circuito pasa por los otros. En vez de consumir directamente el producto de su propio trabajo, lo intercambia por el producto de otro. El intercambio es el medio de procurarse un gran número de bienes, y a menor precio. Por ello el intercambio toma proporciones gigantescas en el circuito económico.

Pero ese circuito económico se ve perturbado por la voluntad de dominar y de poseer de una persona cualquiera. Es lo que provoca los conflictos sociales. El circuito se ve falseado por el

apetito de goces de un cierto número de hombres y hasta de clases enteras. El resultado es que hombres, naciones, clases sociales pueden verse frustrados en el circuito económico. Es lo que da lugar a los conflictos que de tiempo en tiempo sacuden a los pueblos. En la misma forma que en el amor humano, en la sociedad familiar, la voluntad de dominio y posesión puede desviar al amor y falsearlo, en la sociedad del trabajo, igualmente, el circuito económico puede verse perturbado por el deseo de poseer y de disfrutar.

La sociedad económica no puede resolver todos los problemas que ella plantea. No se basta a sí misma. En cuanto se resuelve un problema, surgen otros. Por ejemplo, las sociedades económicas de corte socialista han hecho desaparecer algunos desórdenes por medio de la supresión de la propiedad privada de los medios de producción. Pero aparecen otras dificultades, otras alienaciones, otras frustraciones.

Por otra parte la sociedad económica se desenvuelve en el interior de una sociedad todavía mucho más vasta, que es la sociedad política. Se podría analizar la génesis común de la sociedad económica y de la sociedad política constatando que toda relación del hombre con la naturaleza está indivisamente regida por una relación del hombre al hombre. He aquí algunos ejemplos que nos ayudarán a captar ese vínculo.

El hombre en cierta manera está obligado a trabajar, a conducirse como hombre en su relación con la naturaleza. Espontáneamente, en base a su instinto, tendría respecto al mundo un comportamiento animal. Pero de hecho se encuentra puesto a trabajar por su semejante. La relación de hombre a hombre exige la relación del hombre con la naturaleza, como lo demuestra la famosa dialéctica del “maestro” y del “esclavo”.

Así pues, frente al niño que llega al colegio, se coloca un cuaderno, lápices, libros. Espontáneamente él preferiría tener papeles para garabatear a su gusto. No aprendería ni a leer ni a escribir, no llegaría a ser inteligente si un día su institutriz no lo obligara a hacer palotes más o menos derechos entre las rayas de su cuaderno. Es una disciplina, una obligación. La obligación es humanizadora, exige al hombre disciplinarse. Ahora bien, las pulsiones fundamentales de las que les he hablado no son humanizadoras, y humanas sino en la medida en que se las disciplina. El instinto por sí solo tampoco es humanizador para el hombre. Para serlo, es preciso que sea disciplinado. Todos los psicólogos reconocen hoy esta necesidad. El adulto, como el niño, tiene también maestros, en todos los sectores donde no se tiene una competencia particular, y hasta en otras. Si no hay maestro externo, hay por lo menos un maestro interior de su razón, que le dicta una ley, y no hace lo que quiere. Trata de hacer lo que le parece razonable.

La relación de hombre a hombre se denomina relación política. En esta relación interviene autoridad y obediencia. La autoridad y la obediencia son necesarias para la génesis de la libertad. Todos sabemos que un grupo se constituye como tal cuando surge en su seno una autoridad que se impone. Cuando no se afirma ninguna autoridad, el grupo no se unifica, no existe como grupo. “Un hombre sin ‘padre’ (es decir sin nadie que represente para él la autoridad) es un árbol sin tronco”.

La sociedad política es más universal que la sociedad familiar. La política trata de unificar, sin disolverlas, la sociedad familiar y la económica. No tiene otro contenido. La sociedad política es la forma englobante que trata de armonizar todas estas diversidades. El resorte de la sociedad política es la aspiración de los individuos y de los pueblos a la libertad. Este resorte es extremadamente poderoso y capaz de provocar hasta la desesperación una firme voluntad de resistencia y de liberación de los pueblos. Los acontecimientos mundiales de actualidad bastan para convencernos al respecto.

He aquí, pues, evocada muy rápidamente la existencia humana en sus grandes sectores. Nosotros todos pertenecemos a la sociedad familiar, a la sociedad económica y a la sociedad

política, y todos tenemos dentro de nosotros los principios generadores de actividades humanas en estas tres esferas de nuestra existencia.

El triple llamado evangélico nos invita no sólo a disciplinar las fuerzas que engendra la sociedad humana bajo estos tres aspectos sino que se opone, en una forma extremadamente precisa y radical, a esas tres pulsiones fundamentales. No se trata solamente de disciplinar el instinto sexual, la pulsión amorosa, sino de renunciar a un cierto plan. Igualmente, el voto de obediencia nos hace renunciar en cierto modo a nuestra libertad. Respecto al análisis de la existencia humana que acabo de hacer, habría que desarrollar aquí la realidad de este triple llamado evangélico. Pero todos lo tienen presente. No insistiré por lo tanto. Por el contrario, me extenderé más sobre las objeciones que se hacen a la vida religiosa.

II. Los riesgos de la vida religiosa

No faltan quienes hoy dicen: oponerse de esta manera a la naturaleza ¿no es acaso correr riesgos exagerados y aventurarse en callejones sin salida? ¿No es seguir un camino demasiado peligroso y comprometerse a una existencia más o menos inhumana? El asunto es serio. Todos hemos encontrado religiosos o religiosas que durante un periodo más o menos largo de su vida se vieron obstaculizados, amenazados en su expansión humana y espiritual. Su dinamismo parecía extinguirse. Dejemos pues que nos lleguen esas objeciones. Existen. El mundo nos las hace, y quizás también nosotros las hagamos. Es preciso mirarlas de frente y empezar por afirmar que, en efecto, los votos podrían, en un cierto sentido, decirse inhumanos.

No es la primera experiencia que se hace al entrar en la vida religiosa. Un joven o una joven que entra, generalmente la experimentan como una promoción, como una mayor realización, como un progreso. Es después, cuando llegan ciertas decepciones, cuando la opacidad de lo cotidiano pasa a primer plano, que se comienza a sentir el peso de los votos. Se vuelve uno entonces más receptivo a las objeciones. Este es el momento en que es preciso convenir que en un sentido los votos son inhumanos. No es sino un aspecto, no es sino un momento en una experiencia compuesta de muchos. Si fuera la única verdad respecto a los votos, habría que decir que son malos y renunciar a ellos lisa y llanamente. Pero no es la única verdad, aun si se vuelve muy acuciante, si preocupa mucho durante un período de marasmo prolongado o de crisis. Saber que los votos en cierto sentido son inhumanos, es una verdad que libera.

Volvamos a esos padres jóvenes que veíamos vivir hace un momento. Es un hecho que su matrimonio es el medio más poderoso de su expansión humana. Ciertamente los comienzos de un matrimonio a menudo son difíciles y comportan a veces un futuro no muy risueño... No hay que hacerse ilusiones. El porcentaje de éxitos en el matrimonio no es más elevado que en el de la vida religiosa. Pero, en fin, cuando se reflexiona respecto a lo que constituye la pulsión fundamental del ser humano, es preciso admitir que el matrimonio es el camino que verdaderamente permite al hombre y a la mujer desarrollarse, disciplinarse, a la vez que poner la propia riqueza de su ser al servicio de una gran obra. Cuando el instinto sexual del ser humano se ve unificado en su pareja, comienza entonces una gran y hermosa aventura. No se dice por anticipado que el matrimonio será un éxito, sino que existen todas las condiciones para que lo sea. Libremente se acepta una vida que va a permitir poco a poco hacer juntos la experiencia sobre sí mismos, aceptando las exigencias del otro a lo largo del tiempo, aceptando el riesgo de estar a merced de otro.

Los psicoanalistas han planteado esta pregunta respecto a los sacerdotes: ¿Cómo se puede hablar de la afectividad de hombres que se colocan en estado de no sentirse conmovidos por nadie? Dicho de otra manera, el hombre y la mujer en el matrimonio están a la merced del otro, que puede tener una flaqueza o hasta traicionar. Y esto parecería ser la condición propia de una vida afectiva y de su progreso.

En resumen, quien por su consagración a Dios renuncia al amor de un cónyuge parecería haberse puesto fuera de las condiciones del amor en un ser humano. Su afectividad no depende de nadie (al parecer). Más que consagrarse a un amor pretendidamente universal, es más bien simplemente un marchitarse, ya que el amor de todos termina no siendo finalmente sino el amor de nadie. Al mismo tiempo se corre el riesgo de que se produzca una sorda opresión y comprima todos los recursos del corazón y hasta del espíritu, inclusive.

Cuando se observa lo que ocurre en la vida religiosa hay que convenir en que estos problemas no son simplemente teóricos. Se plantean, y a veces en forma aguda.

La pobreza provoca menos problemas esenciales que la castidad, porque nos toca menos profundamente. Conciérne a nuestra relación con las cosas del mundo. La pobreza comprendida espiritualmente puede por cierto ir muy lejos: Dios es el pobre por excelencia... La pobreza puede ser un camino que nos conduce al corazón de Dios. Pero aquí tomamos la pobreza en un nivel medio.

La posesión o utilización de los bienes terrenos tiene menos importancia que comprometerse en el camino del amor humano y del matrimonio. Por otra parte en la actualidad las objeciones se refieren menos al principio de pobreza religiosa que a la ausencia de pobreza religiosa. Muchas formas de pobreza religiosa, canónicamente reglamentadas en nuestros institutos, no tienen ya un significado para los hombres de nuestro tiempo, no son muy reales ni aún para nosotros... Existe un problema, pero no es el que tratamos aquí.

La pobreza nos deja vía libre respecto a asuntos de presupuesto y de dinero, por lo menos a aquellos y aquellas que de entre nosotros no están directamente encargados de las responsabilidades financieras de su comunidad. Es bastante grave. El hecho de no saber el precio de las cosas, de desinteresarse de asuntos de dinero, de una falta de responsabilidad, puede dar lugar a un cierto infantilismo. El dinero no es únicamente una cosa vil. El dinero es un medio muy preciso para regular un problema muy humano, que es el de la reciprocidad en la prestación de servicios. Un niño puede esperar todo de sus padres y tiene razón. No es normal, no es humanizador para un adulto esperar todo de su comunidad, sin preocuparse en cambio de lo que a él le toca dar. Hay un desprecio del dinero que es desprecio o ignorancia de grandes realidades humanas. El voto de pobreza implica en efecto este riesgo de infantilismo, de liviandad de espíritu o de ignorancia, pues hace entrar en una comunidad de la cual en resumidas cuentas se puede recibir en gran parte aquello que se precisa.

Además, la situación de dependencia en la cual coloca el voto de pobreza puede provocar la mezquindad. Uno no se puede pagar, sin pedirlo, aquello que se desea. Entonces, no se pide. La afectividad corre el riesgo en este caso de aferrarse a deseos mezquinos, no satisfechos y de volcarse en cosas microscópicas. Esto también es pueril.

En cuanto a la obediencia, no deja de suscitar muchas objeciones. Evidentemente, quienes sueñan una sociedad sin "padre", es decir, sin nadie para dictar leyes, se ilusionan y no pueden sino encontrar absurdo y aberrante un voto de obediencia. Pero aun aquellos que sin más aceptan la idea de una disciplina necesaria, pueden encontrar que el voto de obediencia sobrepasa la medida, va más allá de lo necesario, y puede convertirse en inhumano. Por otra parte, son a menudo los religiosos y las religiosas quienes por su modo de vivir la obediencia atraen y fomentan las objeciones que se nos pueden hacer.

Así como la castidad, la obediencia religiosa nos llega al corazón, pues somos seres profundamente impulsados por el deseo de libertad. Por ello, será difícil vivir el voto de obediencia a fondo. Habrá quienes tomarán la obediencia a la ligera, y caerán en una situación falsa. Por otra parte habrá quienes se someterán materialmente, pero que no entrarán profundamente con toda su inteligencia en su obediencia religiosa. Se dan así casos de comportamientos de obediencia que en realidad no son sino rebajamientos de sí mismo,

disminuciones, es decir, pérdidas de personalidad. Todos conocemos religiosos y religiosas que se han convertido en seres muy apagados, muy insignificantes. Se encuentra uno, frente a ellos como frente a un vaciado, y no frente a una personalidad. Es el riesgo de la obediencia.

He aquí a grandes rasgos las objeciones que pueden hacerse en contra de los votos de religión. Dejemos que nos lleguen para medir su alcance. Luego, en un segundo tiempo, tomemos conciencia del llamado evangélico, claro, cierto, indiscutible. Por consiguiente, por impresionantes que sean las objeciones contra los votos de religión, es preciso convenir que la vida religiosa está justificada porque se sitúa en el corazón de la muerte y de la resurrección de Cristo. Nuestros votos, que llegan hasta lo más íntimo de nuestra naturaleza humana, nos hacen morir en Jesucristo para resucitar con él ya en este mundo, hoy. Es de esto que hablaremos en una próxima conferencia.

III. La vida religiosa - muerte y resurrección de la existencia humana

Las objeciones que se hacen contra la vida religiosa son por lo tanto serias justamente porque la vida religiosa nos toma en las raíces mismas de nuestro ser. Si la vida religiosa se caracterizara por actividades marginales, quizás fuera insignificante, pero no plantearía problemas fundamentales. Por el contrario ella se inserta en el corazón de nuestra existencia, constituida por el amor, el trabajo y la libertad.

Vamos a observar primeramente con toda sencillez lo que viven muchos religiosos y religiosas que no son ni san Francisco de Asís ni santa Clara, y que sin embargo algo conocen de la resurrección al nivel propio de los valores humanos a los cuales han renunciado de alguna manera. Resurrección en el campo del amor humano, de la amistad humana. Resurrección al nivel de la riqueza del mundo: quien es pobre posee la tierra. Ciertamente no la posee al modo de un riquísimo coleccionista que compra por millones de francos un cuadro maestro para colgarlo en su sala. Él posee el cuadro. Pero el pobre posee el mundo al modo de un "connaisseur" que entra en un museo para contemplar las obras maestras de arte que son de todo el mundo. ¿Quién posee el cuadro, quien paga varios millones o quien se lo apropia espiritualmente al contemplarlo? La respuesta es clara... Así, el pobre posee el mundo.

Resurrección finalmente al nivel de la obediencia. Quien vive la obediencia al modo de Jesucristo se vuelve soberanamente libre. Está muerto a su propia voluntad, pero renace a la voluntad de Dios. Estando Dios en lo más íntimo de mi yo, la voluntad de Dios se ha hecho mi propia voluntad. Es preciso decir más: para quien renace por la obediencia, Dios está a su servicio. Si es una verdad que es preciso hacer la voluntad de Dios, Dios ha prometido también que harta todo cuanto nosotros quisiéramos: "Pedid, pedid en mi Nombre, y os será acordado" (*Jn 15,16*); "porque el mismo Padre os ama" (*Jn 15,27*). Ahora bien, es la voluntad de Dios la que crea los acontecimientos. Para quien ha renacido a la voluntad de Dios, todo cuanto sucede es a su voluntad, a su gusto. Esto es una paradoja, pero quienes lo viven no tienen necesidad de que se les explique.

En lo que respecta a la obediencia, quienes adhieren a la voluntad de Dios se liberan un poco más cada día. Si se dirigen a su Superior es para buscar en él una luz, una mayor comunión con la verdad. Si el Superior consiente, se ven confirmados en lo que pensaban. Si el Superior rechaza, se ven invitados a buscar una verdad mayor, más allá de lo que era todavía un punto de vista particular, más o menos subjetivo. Quien así vive su obediencia no dramatiza, pero sabe que la mayoría de los cataclismos en la historia resultan del deseo de poder y de dominio de los hombres, unos sobre los otros. Sabe que al dejar morir en él la voluntad propia de poder, para que se dilate la verdadera libertad, hace progresar frente a Dios la causa de la paz y de la fraternidad entre los hombres.

Hay en nosotros un dueño y un esclavo. Un dueño animado por la voluntad de dominio y un esclavo apegado a la vida, ávido de gozar. Quienes son de la raza de los dueños en general no están apegados a la vida, no vacilan en correr riesgos, pero quieren dominar a sus semejantes. Por el contrario quienes tienen un espíritu servil buscan beneficiar de la vida al máximo. Quién vive simplemente su obediencia, se comporta como Cristo. El Hijo de Dios, al hacerse hombre, no retuvo su igualdad con Dios, se dejó despojar, se hizo esclavo y en él murió toda voluntad de dominio. Y el hombre Jesús, que es el Hijo de Dios, no estuvo mezquinamente aferrado a la vida. La dio totalmente hasta la muerte, renunciando de esta manera a todo apetito de placer. Así entró en su gloria, en la libertad verdadera, fue exaltado. En Jesucristo el apetito de placer fue destruido, la voluntad de poderío, también. Asimismo, practicar el voto de obediencia es entrar en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, tal como ha sido descrito por san Pablo en la *Epístola a los Filipenses* (2,6-11). He ahí las dimensiones de la obediencia. Quien vive ese misterio se encuentra en el corazón de la existencia humana.

La obediencia de juicio evidentemente no puede ser comprendida por aquellos que ambicionan una sociedad “sin padre”. Pero, aun para nosotros, la obediencia de juicio puede ser un obstáculo. Y sin embargo es ella la que suprime la inevitable relación dominación-sumisión que siempre existe un poco allí donde hay autoridad. Mientras no se está en la obediencia de juicio, se está sometido. Se hace lo que se nos pide, pero es más o menos contrario a lo que uno piensa. La obediencia de juicio es la comunión de dos voluntades con la verdad, una comunión tal que comienza a hacer desaparecer la relación de oposición entre superior y sujeto. Si realmente, en medio de un diálogo con mi Superior, he podido expresar mi pensamiento, menos para afirmar mi punto de vista que para tener acceso a mayor verdad, la obediencia de juicio constituye una comunión. Ciertamente a veces me será preciso entrar en una manera de ver las cosas que originalmente no era la mía. Esto implica una muerte a mí mismo, una muerte de la inteligencia, tanto por otra parte en quien obedece como en quien manda. En efecto, si quien manda desea verdaderamente obtener la obediencia de juicio, es preciso que él mismo se someta a la verdad y no únicamente a su punto de vista. La obediencia de juicio suscita entonces la amistad, que acerca e iguala a las personas. Esto se vive más o menos bien. Pero en nuestras comunidades o en nuestros equipos apostólicos podemos sin embargo constatar algo de esto. Es una gran alegría cuando la verdad nos une. A la inversa, es un gran sufrimiento cuando la verdad está ausente y no se produce la unión.

La pobreza nos es propuesta por el Evangelio en fórmulas que no permiten ningún acomodo, ninguna concesión: “Ve, vende todos tus bienes y luego sígueme!” (*Mc* 10,21). La pobreza se inscribe en la línea de ese llamado profético al Reino de Dios. Y este llamado parece desconocer totalmente todas las condiciones y todos los encaminamientos necesarios a la continua obra de la creación en el mundo. El “ve, vende todos tus bienes” tiene como consecuencia el desorden. Si uno se queda aquí, el así llamado mendigo profético de Jesucristo es en realidad un parásito de la sociedad.

Existen religiosos y religiosas que hoy se escandalizan por una pobreza insignificante o por una falta de pobreza en nuestras comunidades. Estos quieren vivir la pobreza de Jesucristo. Han comprendido simultáneamente el “ve, vende todos tus bienes” y el “ven, y sígueme”: “ven y sígueme en mi encarnación, en los caminos de mi vida...”. Son pobres al aceptar su condición de hombres, aceptando formar parte de la sociedad que es la nuestra y que ya no permite ni admite formas mendicantes de la pobreza. Aceptan de buen grado moverse en una sociedad donde funcionan instituciones colectivas (derechos sociales, prestaciones sociales, seguridad social...). Participar en una sociedad así, no es abrir una brecha en el muro de nuestra pobreza. Esta consiste precisamente en entrar en ese sistema de prestaciones de servicios mutuos. La sociedad me proporciona un cierto número de prestaciones bajo una u otra forma. Pero yo, en cambio, presto un servicio bien determinado en la comunidad humana.

Nuestra pobreza es en primer lugar la de todo el inundo. Pero somos libres en el servicio que prestamos para ir más allá de nuestra obligación, más allá de aquello a lo que nos obliga las

prestaciones que recibimos. Somos libres para desplegar una gran gratuidad. En una sociedad económica donde la ley más importante es el “do ut des”, es necesaria la gratuidad. “El ejercicio de la gratuidad es un ejercicio de todos los días. Para que la producción industrial se desarrolle, es preciso que actividades desinteresadas susciten un flujo de invenciones y de innovaciones aplicables, que el mercado esté rodeado de una red de esperanzas y de anticipos” (Fr. Perroux). Notemos que el autor habla aquí de la sociedad económica en la cual nada se da por nada...

Nuestra pobreza puede por lo tanto aparecer como extremadamente insignificante en una sociedad donde aparentemente no hay lugar para ninguna pobreza. Entre nosotros un cierto número de religiosos viven esta forma de pobreza. Y tienen la gran alegría de poseer el mundo. La pobreza libera la riqueza del mundo. Pero poseen el mundo, como ya les decía, al modo como un “connaisseur” contempla un cuadro maestro en un museo, donde ese cuadro pertenece a todo el mundo, a todos aquellos que saben apropiárselo.

En cuanto a la castidad, hace entrar verdaderamente en la vida. Comprometiéndonos en la vida religiosa, hemos renunciado a muchas cosas, como se dice, y en particular al amor humano. Esto es verdad en cierto modo. Hemos sentido que Dios no admite divisiones, y hemos renunciado a ello. Observemos que ¡el amor humano y el amor de Dios no son dos amores competidores entre los cuales es menester elegir! pues Dios no está en el número de las creaturas. Pero esto no es cierto de inmediato. Tenemos que caminar hacia esa verdad. Cuando teníamos dieciocho años, la vida se nos presentaba concretamente, como Jesucristo se presentó a sus contemporáneos: vosotros me elegís o elegís al mundo. No se puede servir a dos señores... Ciertamente, no es la última palabra sobre la relación del mundo creado con Dios. Pero un día u otro hay que hacer esta elección. Para nosotros la elección de Dios nos ha acarreado muchas renunciaciones. Y luego las dificultades de la vida religiosa se nos han presentado con la opacidad cotidiana, y el inmenso impulso del primer amor ha sido un poco puesto a prueba.

He aquí algunas líneas del texto ya citado⁶ que por otra parte debo a un amigo: “Para ellos -para nosotros todos- la primera etapa en el camino del amor ha sido ruptura con el mundo. El amor al Señor no acepta división: y ellos empezaron por renunciar a muchas cosas. Se hablará quizás de frustraciones afectivas, y quizás puedan sobrevenir dificultades sexuales. Son incidentes del camino que no son irremediables, pues estos hombres y estas mujeres tienen un corazón recto y quieren entregarse totalmente al Señor. Renunciar a un amor humano por el Señor implica que se acepta -un cierto desequilibrio momentáneo, que arraiga en nuestra naturaleza inclinada a lo fácil y a la angustia. Lo han aceptado. Fue su primer auténtico acto de fe”.

Por lo tanto ha sido preciso correr el riesgo de ese desequilibrio momentáneo haciendo fe en Dios, hasta haber encontrado su camino, como se dice. Este riesgo está inscrito en la naturaleza, en el equilibrio psicológico. Continuemos con el texto: “Siguió una segunda etapa, que es la obra del Señor: en la primera parte habían tenido más participación; respondían a llamados y se comprometían activamente. En esta segunda etapa es el Señor quien los ha trabajado en profundidad y los ha desligado para adherírselos. Quizás se produjeron encuentros; es el secreto de muchos: habían descubierto el amor humano. En el punto en que estaban, el riesgo era grande en cuanto a que la seducción de ese amor humano pudiera más que la adhesión al Señor, aún no tan adentrada en su propio ser. El sacrificio al que debieron consentir es su secreto: los ha madurado. En esta etapa conocieron verdaderamente el amor fraterno: la emulación espiritual, intelectual, apostólica ha atado entre ellos amistades fuertes que el tiempo no borra (¡aun si nunca se escriben!). Todavía les queda campo por descubrir, para progresar; pero estas amistades ya les hacen comprender que no hay dos amores -el de Dios y el de las creaturas-. Quien alguna vez oyó de boca de un amigo una palabra simple que le abre el corazón y derrama en él la dulce caridad de Dios, no puede dudar más de que esto sea así. No hay dos amores”.

⁶ *Vie consacrée*, marzo-abril, 1969. “La existencia humana y los votos de Religión”.

Estas amistades son verdaderamente una forma de resurrección, ya desde este mundo, forma muy pura del amor al cual, en un sentido, hemos renunciado, y para el cual, en otro sentido estamos más disponibles quizás que muchos de aquellos que se han comprometido en el camino del matrimonio. No desarrollo este aspecto. En este terreno es preferible evocar más que insistir.

Al leer esto, pueden ustedes plantearse esta pregunta: todo esto es muy bonito, pero ¿se trata acaso de Mí? ¿Me afecta esta “resurrección”? Sí, es de cada uno de nosotros de quien se trata, aún si todavía no somos un Francisco de Asís, un Francisco de Sales o bien aquel General de los Dominicos del siglo XIII, cuyo nombre he olvidado⁷ y que tuvo una correspondencia espiritual muy sencilla y muy afectuosa, en el sentido más humano del término, con una religiosa. Aunque no haya llegado todavía a ese perfecto afinamiento, después de todo estoy comprometido en el mismo camino, y es bien a mí a quien se dirige ese llamado. Cuando se está un poco fatigado por lo largo del camino, el peso del día y del calor, todo está en saber si uno realmente aceptará morir para resucitar.

Pero, ¿cómo, morir realmente y resucitar a estos valores humanos fundamentales que son el amor, el trabajo, la libertad? ¿Por qué caminos debemos pasar para vivir el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo al nivel de estos valores?

Después de un cierto tiempo de vida religiosa uno se encuentra siempre igual, siempre bastante mediocre e insignificante, y se corre el riesgo de ceder a una forma larvada de desánimo. Se corre el riesgo de optar por “la prudencia”, es decir por un “justo término medio” en la vida religiosa. Se considera que los grandes ímpetus de la juventud estaban no poco salpicados de ilusiones (esto es verdad por otra parte, aunque en un sentido es la juventud la que tiene razón). Se está tentado a resignarse a una prudente mediocridad. No es cuestión de una muerte muy grave, pero tampoco de resurrección. Es en esta oportunidad que a menudo aumenta la receptividad a las objeciones contra la vida religiosa.

Este tiempo puede también ser la hora de la gracia y de un nuevo comienzo. Puede ser el tiempo de la segunda conversión. En algunos maestros espirituales de la Compañía en el siglo XVII esta noción de segunda conversión es completamente central. Cuando se entra al noviciado, uno mismo se convierte. Se pasa del mundo a la vida religiosa. La segunda conversión, tan solo Dios puede efectuarla en nosotros. Es una conversión al amor. Cuando se empieza a sentir que la vida religiosa y toda la insignificancia de lo cotidiano pesa sobre los hombros, ésta es la hora del nuevo comienzo, de la renovación. Sí, renovación, en el momento preciso en que un religioso, una religiosa, comienza a comprender que se ha comprometido en un camino imposible.

A este respecto, ¡quizás convenga tornar seriamente algunas palabras del Señor en el Evangelio! Cuando dio a sus discípulos su enseñanza sobre la pobreza y el Reino de Dios, estos le preguntaron: “¿Pero, quién puede salvarse”? La respuesta es clara: “Es imposible al hombre” (Mc 10,26-27). Para comprender lo que se sigue de este propósito del Señor, es preciso haber comenzado por oír éste: “Es imposible al hombre, pero a Dios todo es posible”. Vivir los votos religiosos es imposible al hombre, y algo peligroso, porque entraña el riesgo de contrariar a la naturaleza de manera completamente grave. Cuando esta imposibilidad se le presenta claramente al religioso, comienza a ver la solución. ¿Es imposible? ¡Sí que esto plantea un problema! Pero todo es posible a Dios. Para entrar en el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo, es preciso primeramente haber comprendido hasta el fondo de nuestro ser, que nuestra vocación, nuestro género de vida es imposible. Sin esto posiblemente no avanzaremos tanto como podríamos.

Para comprender que la vida religiosa sobrepasa las fuerzas humanas, es preciso haber experimentado una cierta dosis de ascesis. Si jamás se ha tratado de corregirse a sí mismo, no se

⁷ Se trata de Jourdain de Saxe, segundo General de la Orden de Santo Domingo.

comprenderá que ello es imposible. Ambas cosas se dan: una cierta ascesis valerosa para hacer esta experiencia fundamental de que el hombre es incapaz de transformarse. Sería caer en lo ilusorio declarar que la vida religiosa es imposible sin haber tratado de vivir sus exigencias. Pero es también esencial comprender que no es la buena voluntad, el esfuerzo personal, lo que puede hacer morir y resucitar, puesto que se trata de morir en Jesucristo, de morir como él murió. Y esto sólo él puede operarlo en nosotros. La ascesis no está a la dimensión del problema de la vida religiosa. Es muy necesaria, pero es insuficiente. Morir y resucitar en Cristo es un don de Dios, y un don gratuito. Esto implica que más allá de un comportamiento activo en el que las iniciativas son nuestras, es preciso abrirse poco a poco a una cierta pasividad en el buen sentido de la palabra, acoger la obra de Dios en nosotros. Requerimos entonces una profunda docilidad a la obra de Dios en nosotros, que nos llega por el contexto de nuestra vida, por nuestro medio ambiente religioso, por nuestros superiores, por los acontecimientos y por la gracia interior. Es en la medida en que nos hacemos dóciles a Dios que entramos en el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo.

¿Cómo puede vivirse esto? Lo que les diré aquí es muy común, iba a decir, muy banal. En este punto crítico de la vida religiosa en el que corremos el riesgo de caer en “lo prudente”, donde arriesgamos también el dejarnos convertir por Dios para un nuevo comienzo, nos es bueno redescubrir *la oración*. Es por el camino de la oración que se va a adelantar más profundamente en ese misterio de muerte y de resurrección.

¿Por qué la oración? Porque no es del lado de la ascesis que se encuentra la solución del problema, aunque ésta sea esencial. Y tampoco porque lo sea del lado de las oportunidades de renunciamiento que nos ofrece la vida a toda hora. La vida diaria está llena de estas ocasiones en que Dios nos visita, pero ciertamente es preciso reconocer que las esquivamos tanto como podemos. No siempre afrontamos la vida cotidiana con un amor que realmente consiente a la mortificación. El resultado es que el misterio de la muerte y resurrección para nada se efectúa en nosotros. Llevar la cruz de Cristo, sí que lo queremos en principio. Pero nos las arreglamos para escaparle...

Quisiera hacerles sentir lo que puede ser la oración en la vida religiosa de la madurez. Es gracias a ella que nos impulsamos realmente hacia la muerte y resurrección de Cristo y por lo cual la vida religiosa tendrá un significado pleno para nosotros. He hablado de esta oración en otro texto preparado en colaboración e intitulado “*Oración perdida, oración reencontrada*”⁸.

Esta oración es muy sencilla. No es una oración de larga reflexión, sino una oración de presencia de Dios, en un acto de fe muy simple, de adhesión silenciosa. Una oración amante que, se ayuda de una palabra de la Escritura para sostenerse un poco, o que se reduce simplemente a una mirada ante el tabernáculo, el crucifijo o una imagen. Luego de larga marcha por la montaña, se siente gozo en sentarse cerca de un manantial fresco. Se sumerge en él el rostro, se bebe algunos tragos... Así es la oración amante, hecha de fe y de adhesión a Dios. Esta oración en particular me parece que lleva muy directamente al misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo. En esta oración, la creatura que soy aprende su oficio de creatura delante de su Creador. Entra cada vez más en relación con Dios. Descubre cuál es la relación con Dios, descubre que no existe sino ligada a Dios...

En esta oración descubrimos también que el Señor es el Bienamado, mi Bienamado. Descubrimos un día que ciertas palabras del Cantar de los Cantares, de los profetas o de los salmos son para nosotros. Hay quienes conocen a Cristo por medio de personas o libros: han creído lo que otros les han dicho o lo que otros han escrito, y han hecho bien, pues la fe viene por la audición de la palabra (*Rm 10,17*). Pero hará falta que un día llegue este conocimiento personal de Jesucristo: “Yo sé en quién he creído” dice san Pablo (*2 Tm 1,12*). Y Job: “No te conocía sino de oídas, pero ahora mis ojos te han visto” (*Jb 42,5*).

⁸ *Vie Consacrée*, mayo-junio, 1968.

Cuando se llega a este punto, la vida religiosa se hace muy sencilla y las objeciones caen. El amor de Jesucristo penetra no solamente en nuestra voluntad sino también en nuestra afectividad, nuestra inteligencia, todas las expresiones de nuestra personalidad en todos los niveles. Estamos habitados por él y es alguien a quien conocemos. Nos hemos comprometido de una manera especial y exclusiva con Jesucristo, y he aquí que se ha convertido en alguien para nosotros, con sus modos de ver, sus ideas, que a menudo introducen lo imprevisto en nuestra vida! La vida religiosa se convierte en una especie de vida en común, comparable con la vida cotidiana de un hogar, donde cada día trae su novedad dentro mismo de lo corriente.

Este amor de Dios profundizado por los caminos de la oración hace que el corazón se vuelva cada vez más libre y dispuesto al amor hacia los demás. También allí, resurrección. No se trata de un amor vagamente universal e indiferenciado a todo el mundo: quien ama a todo el mundo, no ama a nadie, esto es cosa bien conocida. Pero se trata de una disponibilidad de corazón hacia todos los que nos rodean y para los cuales tenemos reservas inextinguibles de ternura, de bondad y de amor. Cada uno, con su modalidad propia, es amado por sí mismo, con particular dilección.

Convengamos en que esta dilección es en tal o cual caso una predilección. Aun en la vida de un religioso o de una religiosa puede darse una presencia preferida, pero no exclusiva, que actúa como un principio, como una fuente surgente que riega y refresca a todos cuantos quieran beber de ella. En lo íntimo del corazón puede instalarse una predilección, sin haberlo buscado, hemos renunciado al amor humano pero puede sernos dado por añadidura.

Quien avanza así en el camino de la muerte y de la resurrección de Cristo consintiendo por medio de la oración en dejarse transformar por Dios, ése no tiene necesidad de que se le cuente la historia de la amistad de Francisco Javier y de Ignacio, o de Francisco de Asís y de Clara, conoce esa historia, se ha convertido en su propia historia. Es pobre y posee la tierra. Sacrifica a Dios su voluntad propia, pero Dios hace por él cuanto él quiere. De su vida, la mayoría no comprendería gran cosa: unos verían sólo la cruz, pues la cruz está allí; otros no verían sino la sorprendente libertad, pues la libertad también está allí. La muerte y la resurrección se viven conjuntamente. Quienquiera experimente esto, sea él o ella, no habla al respecto más de lo necesario. Piensa que son muchos los que tienen el mismo secreto que él... ¿Cuál es, en definitiva, su secreto? El de haber creído. “¡Creo Señor, aumenta en mí la fe!”.